

# **LAS FUENTES SECUNDARIAS PARA EL HISTORIADOR: UNA REFLEXIÓN A PARTIR DE LO DIGITAL Y LO LITERARIO**

Pablo Folgueira Lombardero<sup>1</sup>

Miguel Menéndez Méndez<sup>2</sup>

**Resumen:** *Las fuentes para la investigación histórica pueden ser muy variadas. A lo largo de este texto vamos a explicar el uso que puede hacerse de determinadas fuentes tradicionalmente consideradas como fuentes secundarias, tales como las fuentes digitales y las fuentes literarias, para intentar demostrar que el uso de dichas fuentes puede ser muy beneficioso para el trabajo del historiador.*

**Palabras clave:** *Historia, fuentes secundarias, fuentes digitales, fuentes literarias.*

**Abstract:** *Sources for the historical researching can be very varied. In this paper we are going to explain the way that several sources, usually seen as secondary ones, can be used in the historical researching. This sources are the digital and the literary ones, and we will try to show that using them can be very profitable for historians.*

**Key words:** *History, secondary sources, digital sources, literary sources.*

---

<sup>1</sup> Licenciado en Historia. DEA en Arqueología.

<sup>2</sup> Licenciado en Historia. DEA en Historia Moderna.

## INTRODUCCIÓN

En un texto anterior (Folgueira y Menéndez, e. p.) comentábamos que cada vez parece más claro que, si queremos alcanzar esa Historia Total de la que hablaba Pierre Vilar, no podemos conformarnos sólo con servirnos de las fuentes directas o incluso “tradicionales” de la Historia. Necesitamos servirnos de las llamadas fuentes secundarias o indirectas, aquéllas que, en principio, no son o no parecen ser las propias de la investigación histórica, en tanto que éstas pueden ayudarnos a completar nuestra investigación.

La cuestión heurística de la disciplina histórica parece estar sometida a un debate y cambio constante, especialmente desde la llegada del siglo XXI y el despegue de las Nuevas Tecnologías, con internet a la cabeza<sup>3</sup>. Sin embargo, la conciencia investigadora no parece haber avanzado en la misma dirección, o al menos lo ha hecho manteniendo una enorme distancia con la realidad y los presupuestos teóricos formulados desde la “pura” historiografía.

Por ello, a lo largo de las páginas que siguen queremos hacer una reflexión sobre el uso que determinadas fuentes, incluidas entre las llamadas comúnmente “secundarias”, pueden tener en la investigación histórica, a la vez que planteamos también cuál creemos que es el papel del historiador a la hora de decidirse a utilizar tales fuentes. De este modo, intentaremos no sólo reivindicar la utilidad de dichos recursos, sino también explicar cuáles deben ser, desde nuestro punto de vista, los cambios que tendrían que darse en el planteamiento de la labor del historiador para responder a la existencia de esas fuentes, tan aparentemente alejadas de las tradicionales.

---

<sup>3</sup> Sobre el papel de internet en el mundo actual, consúltense Dans, 2010; Martínez de Velasco, 2001-2002, y Negroponte, 2000.

Para llevar a cabo nuestra intención, vamos a servirnos de dos ejemplos concretos de fuentes comúnmente consideradas secundarias, aunque considerando que nuestras reflexiones son aplicables a cualesquiera otras fuentes secundarias. En un primer momento, vamos a explicar el uso que pueden tener ciertas herramientas digitales para la investigación histórica y arqueológica. Posteriormente, intentaremos demostrar cómo la investigación histórica puede verse facilitada por la Literatura. Por último, explicaremos cuál es nuestra postura sobre la actitud que debe tomar el historiador ante dichas fuentes.

El motivo de que nos decidamos a escribir sobre estas fuentes tan poco habituales o tan poco consideradas es muy sencillo: creemos que un historiador debe aprovechar todos los materiales que estén a su alcance (Fevbre, 1982<sup>5</sup>: 29-30), a fin de que su investigación sea lo más completa posible y no deje ninguna parcela del tema sin estudiar. A la vez, queremos demostrar que el papel del historiador va mucho más allá del que tradicionalmente se le ha asignado, ya que es el que puede decidir qué materiales quiere usar y por qué, en función de cuáles son los objetivos que persigue y las hipótesis en las que se basa.

## **LAS FUENTES DIGITALES**

*“La ciencia ha eliminado las distancias – pregonaba Melquíades –. Dentro de poco, el hombre podrá ver lo que ocurre en cualquier lugar de la tierra, sin moverse de su casa”.*

Gabriel García Márquez: *Cien años de soledad*.

Sugería Umberto Eco en su celeberrima obra *Cómo se hace una tesis*, que debemos elegir un tema de investigación que esté físicamente a nuestro alcance (Eco, 1998<sup>22</sup>: 25). En el caso de una tesis o investigación en general del campo de la Historia, esta idea podía responder, como todos hemos notado, a que en el momento en el que se

publicó su primera edición, en 1977, nadie podía suponer que en dicha investigación se pudiera hacer uso de más fuentes que aquellas a las que pudiéramos acceder directamente o, en su defecto, a aquellas que pudiéramos conocer a través de la bibliografía al uso.

Sin embargo, la emergencia de las fuentes digitales y más en concreto de internet, están haciendo que esta idea se haya flexibilizado, porque nos permiten acceder a materiales que hace sólo unos pocos años nos hubieran obligado a recorrer bastante kilómetros para consultarlos.

En efecto, cuando hablamos de fuentes digitales o de nuevas tecnologías en general, no estamos hablando sólo de elementos de hardware, como las pizarras digitales, o de software, como el *power point*, que nos pueden ayudar a la hora de diseñar y desarrollar ponencias o clases. Nos estamos refiriendo a toda la potencialidad que internet ha introducido en las labores investigadoras, que está haciendo que nuestra labor se vea enormemente facilitada (Bresciano, 2008).

Sería muy fácil empezar hablando de las digitalizaciones de diferentes documentos históricos (Bresciano, 2010: 18-23; Barros, 2007) o de periódicos (Folgueira, 2015d) que se han llevado a cabo durante los últimos años, y que permiten que podamos consultar dichos materiales, por lo menos en un acercamiento preliminar, sin necesidad de salir de nuestro despacho. O incluso del papel que pueden tener las nuevas redes sociales en el mundo 2.0<sup>4</sup>, que permiten la relación entre historiadores que trabajan en lugares muy alejados entre sí, que nos permiten contactar con compañeros de otros países o incluso continentes, permitiéndonos interactuar con ellos y compartir puntos de vista, dando lugar a una relación horizontal que además propicia y facilita la colaboración y también la interdisciplinariedad (Sanmartín, 2008: 515; Folgueira,

---

<sup>4</sup> Para un acercamiento al concepto de web 2.0 consúltese O'Reilly, 2005.

2015c). Sin embargo, pensamos que es más interesante hablar de otros recursos digitales que no parecen ser los más habituales para la Historia: los visores como, por ejemplo, el del SigPac<sup>5</sup>.

Evidentemente, estos visores no fueron concebidos para servir de herramientas para el historiador, sino que se crearon para llevar a cabo labores muy diferentes. El Sistema de Información Geográfica de Parcelas Agrícolas (SigPac) inicialmente tenía el propósito de facilitar que los agricultores españoles pudieran presentar solicitudes en las que se incluyera un aparato gráfico, además de para permitir los controles administrativos. Con el tiempo, se ha visto que además de cumplir esta intención de manera correcta, también tiene utilidad en campos muy diversos, como en la Geología, la planificación urbanística o, en nuestro caso, la Historia, debido a su uso de las más avanzadas tecnologías geográficas<sup>6</sup>.

El interés que estos visores pueden tener desde un punto de vista geográfico queda fuera de toda duda. Pero lo que seguramente nadie pudo pensar al diseñar estas herramientas es que podrían llegar a tener un uso evidente en prospecciones arqueológicas en general, y en estudios sobre ocupación del territorio en particular.

En efecto, estos visores han conseguido lo que habíamos mencionado hace un momento: que tengamos acceso a unos materiales, como son en este caso las imágenes aéreas y por satélite, sin necesidad de levantarnos de nuestra mesa de trabajo. Antes, la consulta de imágenes aéreas se limitaba sólo a la consulta de colecciones de fotogramas que no siempre eran fáciles de encontrar, porque estas colecciones podían no estar completas o porque su consulta podía obligarnos a desplazarnos. Pero ahora, gracias a internet, podemos consultar dichos materiales a través de nuestro propio ordenador, con la ventaja añadida de que las imágenes que podamos obtener a través de internet van a

---

<sup>5</sup> <http://sigpac.mapa.es/fega/visor/> (fecha de consulta: 10 de septiembre de 2010).

<sup>6</sup> <http://www.mapa.es/es/sig/pags/sigpac/intro.htm#art3> (fecha de consulta: 7 de septiembre de 2010).

estar, en su mayor parte, más actualizadas que las que tenemos en las colecciones de fotogramas que podemos encontrar en los distintos Departamentos de Geografía.

Además, el uso de la red de redes nos aporta otra ventaja que no nos aportan dichas colecciones de fotografías: la inmediatez y la disponibilidad total, puesto que podemos consultar las imágenes siempre que queramos, sin depender de horarios, porque siempre que encendamos nuestro ordenador podremos consultar esas fotografías si ése es nuestro deseo. Eso nos permite también organizarnos como nosotros queramos, planificando el ritmo de trabajo que más nos convenga o que más nos interese.

No vamos a hacer ahora un ensayo sobre la utilidad de la fotografía aérea, ya que es un tema sobradamente conocido por todos. Pero sí que podemos mencionar casos en los que dichas herramientas digitales han servido a los historiadores y arqueólogos para realizar sus labores de prospección, pareciéndonos el caso más interesante el del descubrimiento del campamento romano de Moyapán, en el concejo asturiano de Allande, que no estaba inventariado (Camino y Vinegra, 1992: 229-231) y que fue descubierto mientras unos jóvenes investigadores usaban precisamente el visor de SigPac (González y Menéndez, 2007: 16-21; González, Menéndez y Álvarez, 2008: 363-371).

Y de la misma forma que se pueden usar estas páginas como fuentes para la prospección arqueológica, podemos utilizarlas también para estudios más ambiciosos, como puede ser uno sobre la ocupación de todo un territorio, permitiéndonos, por ejemplo, hacer un análisis preliminar de las pautas de ocupación de dicho lugar, que nos permitiría planificar nuestras ulteriores salidas de campo.

Pero como ya hemos comentado, la utilización de estas herramientas, que parece tan evidente tal y como la explicamos, debe ser decidida por el historiador en función de

que considere que, realmente, va a obtener algún “beneficio” científico de su uso, porque van a servir para los propósitos de la propia investigación.

De este modo, a pesar de que en un primer momento estas herramientas digitales no fueron concebidas como fuentes históricas, el historiador puede decidir hacer uso de ellas. A su vez, a través de su utilización, puede demostrar que son fuentes útiles, funcionales y que pueden aportar información, pasando así a ser unas fuentes que, desde nuestro punto de vista, deberían dejar de ser consideradas secundarias y empezar a ser consideradas fuentes históricas por “méritos propios”.

Pero al hablar de fuentes digitales tenemos que ser conscientes de que no siempre están al alcance de todo el mundo, de manera que podemos hablar de la llamada “brecha digital”, por ejemplo entre los que Mark Prensky llamó nativos e inmigrantes digitales (Prensky, 2001a; Prensky, 2001b)<sup>7</sup>, que hace que determinadas personas puedan tener menos acceso a las fuentes digitales en función de su edad.

Según Prensky (Prensky, 2001a), los nativos digitales son aquellas personas, nacidas a partir de mediados de los años ochenta, que han crecido rodeados de tecnología, de manera que para ellas su uso sería algo natural, parte de su vida diaria. Sin embargo, los inmigrantes digitales serían aquellas personas que se habrían criado en un mundo analógico, de manera que para ellas el uso de esos recursos digitales sería el resultado de un aprendizaje, que sería más o menos dificultoso dependiendo de la mayor o menor predisposición que tuvieran para ese aprendizaje.

Sin embargo, la brecha digital puede deberse también a cuestiones de carácter económico, y en el caso de los medios económicos, su relación con el acceso a las nuevas tecnologías es evidente: si alguien no dispone de dinero con el que financiar su

---

<sup>7</sup> Otras reflexiones realizadas a partir de las teorías de Mark Prensky pueden consultarse en Folgueira, 2013 y Folgueira, 2015a.

adquisición y uso, tendrá más problemas para acceder a un ordenador y, a través de él, a internet.

Durante los últimos años, esta diferenciación entre nativos digitales e inmigrantes digitales ha sido objeto de numerosas críticas (Folgueira, 2009; López, 2013), entre otras cosas porque deja de lado cuestiones tan importantes como el interés que cada persona ponga en el uso de los recursos digitales.

De hecho, el tener acceso a esos medios digitales no implica una relación directa con el conocimiento de sus potencialidades; ni mucho menos, por supuesto, supone que se utilicen de manera habitual.

Además, debemos recordar que las fuentes digitales van a tener, en general, dos limitaciones claras: en primer lugar, que el caudal de información que nos proporcionan hace que a veces sean difíciles de abarcar, obligándonos a llevar a cabo una enorme labor de selección de materiales. Y en segundo lugar, que esas fuentes no siempre van a ser del todo fiables, obligándonos a acentuar ese sentido crítico que tan habitual debería ser en un historiador

Por todo esto, desde nuestro punto de vista, el mayor problema que presentan las fuentes digitales no es que no nos den una información útil, sino que muchas veces no somos conscientes del uso que podemos hacer de ellas, a veces por desinterés y a veces simplemente porque pensamos que con las fuentes “tradicionales” tenemos suficiente. Pero no debemos caer en ese error; tenemos que ser conscientes de que no podemos despreciar ninguna fuente que pueda ayudarnos a completar nuestra labor.

Tenemos, por tanto, que hacer un esfuerzo por conocer el potencial que tienen estas herramientas y por hacer uso de ellas, enriqueciendo así nuestro trabajo a través de su uso.



## **LAS FUENTES LITERARIAS**

En los últimos tiempos y gracias fundamentalmente al impulso de la Historia cultural y de las mentalidades, los historiadores hemos empezado a utilizar fuentes estrictamente literarias en nuestras investigaciones. Dicha generalización, y no sólo en el ámbito de las fuentes literarias, es la culminación de un amplio proceso reflexivo del historiador hacia la historia, y no se puede obviar que al menos para el caso concreto al que nos referimos, estas cuestiones presentan un obvio problema de método al deber considerarse unos límites en su uso, barrera que podíamos definir como “la realidad”, entendida como la aprehensión de ésta que podemos encontrar en los textos literarios, independientemente de la forma que ésta fijación tome .

Una primera reflexión es la referida a las fuentes, ya que las propias fuentes históricas, sin importar su origen, vienen al historiador “construidas” por su autor, constituyendo ya una visión parcial del pasado, y éste a su vez construye su discurso a través del sometimiento de las fuentes que maneja a sus hipótesis.

En segundo lugar, no podemos ignorar las revisiones y aportaciones que se han venido haciendo en tiempos recientes sobre la propia cuestión nuclear de la historia: el hecho histórico en sí mismo. Las continuas aportaciones, tanto teóricas como prácticas al concepto de “hecho histórico” ha causado que ésta noción haya pasado de ser algo determinado por las fuentes a algo determinado por el historiador.

Además, no debemos olvidar que al fin y al cabo el mero hecho de escribir lleva implícito el de narrar. De este modo, lo que no se puede considerar literatura en un principio pasa a tener elementos de ésta, a *literarizarse*, en el momento en el que la mirada del lector cambia de fijarse en *lo que dice* un documento para observar *la manera* en la que lo expone y especialmente *lo que no dice*. En este sentido, valga la cita de Febvre:

“[...] indudablemente, la historia se hace con documentos históricos. Pero también puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos si estos no existen [...]. Por tanto, con palabras. Con signos. Con paisajes y con tejas. Con formas de campos y malas hierbas [...]. Con exámenes periciales de piedras realizadas por geólogos y análisis de espadas de metal realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre.” (Fevbre, 1982<sup>5</sup>: 232).

Esta aseveración del eminente francés plantea, en nuestra opinión, dos reflexiones fundamentales: en primer lugar, no parece que lo literario tenga una cabida explícita en esta declaración de intenciones a priori; pero si pensamos en la segunda parte de la cita, sí encontramos una cabida a la literatura (al igual que se podría extender a muchas otras fuentes) en tanto *es* del hombre, *depende* del hombre, *sirve* al hombre y *significa* la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre.

El siguiente paso, por tanto, es considerar las posibilidades y limitaciones de la literatura como fuente principal en una investigación. La respuesta pretende ser positiva en base a las reflexiones que se plantean aquí, no necesariamente nuevas pero sí con una penetración lenta en la comunidad historiográfica.

La primera utilidad, la más inminente, es la manera en la que la producción literaria del hombre abarca todo el espectro de ideas, ansiedades, *manieras*, virtudes y vicios desde el momento en el que la producción y el tiempo, el *contexto*, se ponen en relación. Es, por tanto, una *Historia total* en sí misma, que pone como único requisito que el historiador traslade sus preguntas al texto y desarrolle la habilidad de *leer*, tanto lo escrito como lo insinuado, lo presente y lo ausente.

Lo literario constituye, de un modo más específico, una ventana al pensamiento; en muchas ocasiones, puede parecer que la ventana alumbra el cubículo donde mora el

pensamiento del autor. Pero no debemos conformarnos con el uso de los textos en una relación unidireccional con la mente de su creador, sino que debemos trazar otra línea hacia la sociedad a la que responde el impulso creativo que mueve la obra. Cuestiones muy presentes en los textos (lo fantástico y lo realista, lo evasivo y lo categórico...) son a menudo aspectos a estudiar en relación con los receptores, además de con los emisores.

En el otro lado de la balanza, tenemos dos problemas principales:

Por una parte, los propios aspectos formales de las obras literarias (con grandes diferencias en base al caso concreto del que se trate) pueden llegar a dificultar una lectura profunda por parte del historiador; la amplia gama de recursos y formas que éstos toman puede constituir una hercúlea labor de reflexión y contextualización. En este caso, el soporte bibliográfico específico, la determinación clara del estado de la cuestión y todas sus implicaciones, así como un excelente conocimiento del momento (tanto a nivel factual como en el resto de ámbitos) en el que el investigador se mueve resulta fundamental.

El segundo problema fundamental es intrínsecamente del historiador, motor y parte central de toda investigación. Pese a que todas las formas de aprehensión literaria pueden tener cabida en el relato histórico, será el investigador el que decida la forma y la manera en la que transpone la realidad que un texto refleja a su síntesis. Este hecho no tiene necesariamente por que ser un problema *a priori*, pero en todo caso quizá sea necesaria una mayor exposición metodológica en los trabajos de investigación. Es decir, no sólo exponer el *qué*, sino también, de una forma más completa y reflexiva, el *cómo*.

## **CONCLUSIÓN: EL HISTORIADOR COMO CONSTRUCTOR DE LAS FUENTES HISTÓRICAS**

A la vista de lo que acabamos de comentar, consideramos que al plantear cuál es el uso que queremos hacer tanto de las fuentes primarias como de las secundarias, tenemos que intentar dejar atrás esa tradicional rigidez que lleva a considerar que en la investigación el papel del historiador es subsidiario de las fuentes. Es decir, que, desde nuestro punto de vista, el historiador debe situarse en el centro de toda la operación, en el centro de todo el proceso investigador.

Lógicamente, el historiador es el que decide cuál es el tema que le interesa estudiar. Pero, y creemos que esto es lo más importante de nuestra aportación, a partir de la elección del tema, también es el encargado de seleccionar cuáles son las fuentes que le interesa utilizar. Como hemos visto, de su interés por el territorio puede desprenderse su utilización de SigPac, o de su intención de estudiar aspectos concretos de una época determinada puede plantearse la necesidad de utilizar fuentes literarias.

A lo largo del proceso investigador, el historiador irá sirviéndose de las fuentes que ha escogido, y comprobando hasta qué punto puede extraer información de ellas. Será entonces, precisamente a través del uso de dichas fuentes, cuando demostrará si éstas tienen o no utilidad suficiente como para que podamos considerarlas fuentes históricas, independientemente del calificativo (“primarias” o “secundarias”) que añadamos a la palabra “fuente”.

Pero también tendremos que elegir las fuentes no sólo en función de la *información* (es decir, en función de la cantidad de datos que nos proporcionen), sino también y sobre todo en función del *conocimiento* que podamos crear a partir de dicha información, de tal manera que las fuentes de las que nos sirvamos no se limiten a facilitarnos un caudal de datos inconexos, sino que dichos datos puedan tener una

coherencia interna que nos permita incorporarlos para crear un conocimiento dentro de una reconstrucción histórica globalizadora y completa.

Sin embargo, a medida que vayamos usando dichas fuentes y demostrando su utilidad, también plantearemos la posibilidad (o incluso la necesidad) de que el concepto de “fuentes secundarias” sea más flexible, ya que estaremos en disposición de (intentar) demostrar que esas fuentes, pese a no ser en principio unas fuentes concebidas para uso del historiador, son unos materiales valiosos para éste.

Y así, a lo largo de todo el proceso de investigación, el papel del historiador va apareciendo como un papel más activo, cada vez más alejado del papel de “servidor” de las fuentes, ya que es el que, a través del manejo de las propias fuentes, va planteando las hipótesis que irán guiando la investigación, a la vez que las propias fuentes y el desarrollo de la investigación son los que le permitirán comprobar, matizar o incluso descartar las hipótesis de partida.

Así la investigación histórica pasa a ser un diálogo, en el cual el historiador trabaja con las fuentes que aparecen en los centros de documentación “típicos” y con los restos materiales más habituales, pero también con todas aquellas fuentes y materiales que considera que pueden completar su trabajo, o incluso en algunos casos, permitirle llevarlo a cabo si las demás fuentes son insuficientes. Porque no podemos permitirnos el despreciar determinadas fuentes por considerarlas extrañas, extravagantes o simplemente poco habituales, porque nunca podremos saber en un primer momento cuál es la fuente que nos puede aportar ese dato que nos falta o que incluso puede servir para que nos replanteemos nuestro trabajo desde una nueva perspectiva (Eco, 1998<sup>22</sup>: 175-176). No podemos, ante la emergencia de fuentes “nuevas”, tomar la postura apocalíptica, del que se niega a “examinar el instrumento y ensayar sus posibilidades” o del que “en lugar de analizarlo para hacer que emerjan sus características estructurales,

lo niega en bloque” (Eco, 1985<sup>8</sup>: 25-33). Lo que tenemos que hacer es plantear un debate en el cual no neguemos validez a una fuente sólo por el hecho de que esté al alcance de toda la sociedad, sino en el que hagamos hincapié en el hecho de que lo que estamos haciendo es ampliar el abanico de posibles materiales que podemos usar para la investigación. De hecho, lo importante no es que teorizamos sobre estas fuentes y hablamos de ellas: lo verdaderamente importante y útil para el historiador (y para todo investigador en general) es *usar* esas fuentes. Y será a través de ese uso que demostraremos que son útiles.

De este modo, tenemos que plantear una reflexión no sólo metodológica, sino también heurística, de modo que podamos ver al historiador, además de como seleccionador de fuentes, como su creador, porque es el que puede decidir elegir fuentes “diferentes” y, hasta cierto punto, “salirse del camino marcado”, al reivindicar como propias unas fuentes que, *a priori*, no lo son, y así, construyendo la historicidad de las mismas. Todo esto, por supuesto, sin abandonar métodos imprescindibles en el trabajo histórico, como la propia crítica, sin la cual, los historiadores no seríamos científicos, sino meros narradores.

Pero ese diálogo que planteamos debe ser además un diálogo flexible, de manera que, además de “crear” las fuentes, el discurso histórico aparezca como una construcción de la propia Historia a través de las fuentes. Así, es inevitable que el investigador sea consciente de que está usando un método objetivo para desarrollar un trabajo que va a dar lugar a un resultado subjetivo. Y sólo cuando seamos capaces de asumir esto como una realidad, podremos integrar nuestro trabajo en ella (Bresciano, 2008).

Por todo ello, consideramos que esa división tradicional entre fuentes primarias y secundarias no responde a la realidad de una investigación que cada vez tiene acceso a

más materiales y a más fuentes. De ahí que pensemos que puede ser interesante plantear una clasificación más definitoria, aunque no necesariamente cualitativa de las fuentes, en función, por ejemplo, de la información que creemos poder extraer de ellas.

De este modo (y concluyendo), nos gustaría plantear como propuesta de reflexión la necesidad de una construcción igualitaria entre fuentes de diversa procedencia. Del mismo modo que al construir una casa o un edificio, cada material, cada estructura, cumple una función determinada, pero a su vez han de interactuar, de complementarse mutuamente para la estabilidad y viabilidad del conjunto. Del mismo modo, cuando un historiador construye su discurso histórico, seleccionando las fuentes que va a utilizar para ello, éstas deben considerarse desde una óptica global, desde todas las procedencias posibles al igual que a la hora de construir un edificio los materiales proceden de diversos sitios. Unos materiales no deben tener más peso que otros de cara a la estabilidad y el buen funcionamiento del total.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Barros, Carlos (2007): “La sociabilidad académica en la era global”, [en línea], versión digital en: <http://www.youtube.com/watch?v=uBdCgP6dPWM> (fecha de consulta: 20 de septiembre de 2014).

Bresciano, Juan Andrés (2008): “El historiador y las fuentes electrónicas. Nuevos horizontes para la crítica heurística en el siglo XXI” [en línea], versión digital en: [http://www.h-debate.com/Spanish/seminario/2008/bresciano/bresciano\\_texto.htm](http://www.h-debate.com/Spanish/seminario/2008/bresciano/bresciano_texto.htm) (fecha de consulta: 16 de mayo de 2008).

Bresciano, Juan Andrés (2010): *La historiografía en el amanecer de la cultura digital. Innovaciones metodológicas, discursivas e institucionales*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur.

Camino Mayor, Jorge y Viniegra Pacheco, Yolanda (1992): “Reseña sobre la carta arqueológica del concejo de Allande. 1990”, *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 2: 229-231.

Dans, Enrique (2010): *Todo va a cambiar. Tecnología y evolución: adaptarse o desaparecer*, [en línea], versión digital en <http://www.todovaacambiar.com> (fecha de consulta: 15 de julio de 2015).

Eco, Umberto (1985<sup>8</sup>): *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Lumen.

Eco, Umberto (1998<sup>22</sup>): *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, Barcelona, Gedisa.

Febvre, Lucien (1982<sup>5</sup>): *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel.

Folgueira Lombardero, Pablo (2009): “¿Ser o no ser? Pues yo elijo no ser” [en línea], versión digital en: <http://queparen.blogspot.com/2009/02/ser-o-no-ser-pues-yo-elijo-no-ser.html> (fecha de consulta: 18 de noviembre de 2013).

Folgueira Lombardero, Pablo (2013): “Pasado y futuro: La Historia como materia dual”, [en línea], versión digital en: <https://istoryepisteme.wordpress.com/2013/10/27/pasado-y-futuro-la-historia-como-materia-dual/> (fecha de consulta: 21 de noviembre de 2013).

Folgueira Lombardero, Pablo (2015a): “Dualidad de la Historia en el mundo 2.0”, *Tiempo y Sociedad*, 18: 133-143.

Folgueira Lombardero, Pablo (2015b): “Historia e historiografía en internet” [en línea], versión digital en: <https://historiaeinternet.wordpress.com/2015/02/16/historia-e-historiografia-en-internet/> (fecha de consulta: 24 de julio de 2015).

Folgueira Lombardero, Pablo (2015c): “La historiografía digital” [en línea], versión digital en: <https://historiaeinternet.wordpress.com/2015/02/23/la-historiografia-digital/> (fecha de consulta: 24 de julio de 2015).



Folgueira Lombardero, Pablo (2015d): “Algunas ideas sobre el uso de internet en la investigación histórica” [en línea], versión digital en: <https://historiaeinternet.wordpress.com/2015/06/15/algunas-ideas-sobre-el-uso-de-internet-en-la-investigacion-historica/> (fecha de consulta: 24 de julio de 2015).

Folgueira Lombardero, Pablo y Menéndez Méndez, Miguel (e. p.): “Un nuevo acercamiento del historiador a las llamadas fuentes secundarias. Lo digital y lo literario como ejemplos para una reflexión”, en Barros, C. (ed.): *IV Congreso Internacional Historia a Debate*, Santiago de Compostela.

González Álvarez, David, y Menéndez Blanco, Andrés (2007): “Un nuevo emplazamiento militar romano n’Asturies: el campamentu de Moyapán (Ayande)”, *Asturies: Memoria encesa d’un país*, 24: 16-21.

González Álvarez, David, Menéndez Blanco, Andrés y Álvarez Martínez, Valentín (2008): “El campamento de Moyapán (Ayande, Asturias), *Férvedes*, 5: 363-371.

López Fernández, Rebeca C. (2013): “Inmigrantes y nativos digitales: una cuestión de actitud”, [en línea], versión digital en: <http://www.mediossociales.es/medios-sociales/inmigrantes-nativos-digitales> (fecha de consulta: 18 de enero de 2013).

Martínez de Velasco Farinós, Ángel (2001-2002): “Los orígenes de internet”, *Hispania Nova*, 2 [en línea], versión digital en: <http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/024/art024.htm> (fecha de consulta: 22 de abril de 2013).

Negroponte, Nicholas (2000): *El mundo digital. Un mundo que ya ha llegado*, Barcelona, Ediciones B.

O'Reilly, Tim (2005): "What is web 2.0? Design patterns and business models for the next generation of software", [en línea], versión digital en: <http://oreilly.com/web2/archive/what-is-web-20.html> (fecha de consulta: 19 de noviembre de 2013).

Prensky, Mark (2001a): "Digital natives, digital immigrants", *On the horizon*, 9 (5).

Prensky, Mark (2001b): "Digital natives, digital immigrants, part II: Do they really think differently?", *On the horizon*, 9 (6).

Sanmartín, Israel: "Las nuevas comunidades académicas de historiadores", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXIV, 731: 507-518.